

Recordar, compartir, aprender

**Castellón**

**Francisco Vilar Ortiz, 73**

**Rosa Lidón Conde, 18**

## **AMOR, FE Y DESTINO**

Una infancia marcada por la posguerra, una adolescencia en la que conoció al amor de su vida, una madurez en la que el engaño estuvo presente y una vejez en la que los recuerdos de toda una vida quedan plasmados en las hojas de una libreta para que sean recordados por siempre.

Unos grandes ojos llenos de melancolía por los recuerdos vividos, unas manos que ahora descansan de toda una vida dedicada al trabajo, una voz por la que los acontecimientos del pasado son relatados al mínimo detalle, hojas en blanco que esperan ser escritas por un hombre al que la vida le ha brindado la oportunidad de contar su historia.

Casi 74 son los años que Francisco tiene en su haber y una vida llena de recuerdos que esperan ansiosos ser compartidos. Sentado en una de las sillas que rodean la singular mesa camilla ubicada en su salita, Francisco se dispone a abrir su libreta. Ésta, no es una libreta común, sino la libreta en la que los años vividos son descritos con la mayor exactitud posible para que su recuerdo, el recuerdo de lo que fue su vida, perdure por siempre y no caiga en el olvido.

En la primera hoja, con una caligrafía ejemplar, se puede leer: Perdonen las faltas de ortografía. Nuestro protagonista no tuvo la oportunidad de ir a la escuela, su infancia estuvo marcada por las consecuencias de la posguerra, en la que él y sus padres fueron evacuados a un pueblecito de la provincia de Valencia, aunque siempre dispuso de alimento y cobijo que le facilitaron la subsistencia en un contexto donde la llegada al poder del franquismo fue el resultado final de la gran batalla liderada por dos sistemas políticos completamente antagónicos: la democracia y la dictadura. Fueron años realmente difíciles y que Francisco recuerda casi a la perfección a pesar de ser solamente un niño.

Cuando contaba 11 años, sufrió una gran pérdida, la de su padre. Su madre, que trabajaba en una fábrica de tejidos, se dedicó a confeccionar alpargatas al acabar la jornada laboral. Francisco dice: “yo la ayudaba en todo lo que podía”. De hecho, abandonó los estudios que cursaba en el Grupo Escolar Ejército, para empezar a trabajar haciendo recados en una oficina de seguros. Pocos años le bastaron a Francisco para encontrar el empleo que marcó un antes y un después en su vida. A los 14 años entró a trabajar en el taller de cerrajería de un tío suyo, el cual fue su maestro y mentor. A él, le agradece las enseñanzas y la formación que le aportó como trabajador, pero sobretodo, como persona. Además, es allí donde aprendió el oficio de su vida, el oficio de cerrajero.

Dieciséis años bastaron a Francisco para conocer al que fue, es y será el amor de su vida, Carmencita. “Comenzamos un romance cuando ella contaba con tan sólo 14 años, pero dos meses más tarde sus padres reconsideraron aquel noviazgo debido a nuestra juventud”, cuenta Francisco con un hilo de voz al recordar aquel episodio que casi le arrebató a su amada, pero el destino decidió darles una segunda oportunidad y tras nueve años de noviazgo, tiempo que le bastó para ahorrar dinero, le pidió en matrimonio.

Tras las nupcias, se asentaron en la casa de la madre de él. “Hicimos un pacto”, dice Francisco. “Mientras Carmencia se quedaba en casa para atender las labores del hogar, mi madre continuaría trabajando en la fábrica.”. Ésta fue la decisión que se tomó para poder llevar un buen jornal a casa.

Poco tiempo duró la felicidad a esta familia. Al tiempo, recibieron una carta del amo de la casa en la que vivían pidiendo su desalojo. El motivo que les dio fue la aproximación del casamiento de la hija de éste, por lo que la casa debía de estar completamente acondicionada para que el futuro matrimonio pudiera vivir allí. Todo esto conllevó años de lucha legal, por lo que la salud de la madre de Francisco se vio claramente desmejorada y falleció dos años después de nacer el primer hijo de Carmencita y Francisco, al que llamaron Francisco José.

Las desgracias no acabaron aquí. Tres meses después de dar a luz a Francisco José, Carmencita enfermó gravemente. Tras operarla, transcurrieron años de preocupación por su salud, razón por la cual tardaron nueve años en tener a su segundo hijo, Raúl.

Recordar, compartir, aprender

Pero por suerte, un año después de fallecer su madre, Francisco junto con dos socios más constituyeron la empresa de cerrajería Revive SL. Los comienzos no fueron fáciles, pero tras largas jornadas de trabajo intensivo lograron la confianza de casi todas las empresas de Castellón, además de trabajar para particulares y amigos. “Fueron tiempos de prosperidad económica” dice Francisco. Además, comenzó la construcción en solitario de una villa, un lugar de retiro donde pudiera ir con su familia. También construyó una pista de tenis, a donde acudía jugar todo el vecindario y organizó un campeonato que denominó “Trofeo Convivencia”. Los años más felices de mi vida los he pasado en la villa junto a mi familia y amigos, dice nuestro protagonista, mientras que el esbozo de una sonrisa aparece en su cara al recordar aquellos años dorados.

Tras unos años y al volver su hijo mayor de la mili, propuso a sus socios que le compraran su parte de la empresa para así, poder establecerse con su hijo por su cuenta. Finalmente, fue Francisco el que compró las partes de sus socios y, tras realizar las operaciones correspondientes, él y su hijo Francisco José eran los propietarios absolutos de la empresa, aunque se dedicaron exclusivamente al aluminio y unos años más tarde, hicieron socio a Raúl, su hijo menor.

Tras estos días de felicidad, ocurrió lo inesperado. El contable, al que habían depositado su total confianza, les falló. Se dieron cuenta del engaño demasiado tarde, tanto que no pudieron encontrar ninguna prueba que pudiera acusarle. Se quedaron sin liquidez y no podían hacer frente al pago de los proveedores, por lo que la venta del taller y de la villa fue inmediata.

Ahora, recuerda aquellos momentos de su vida con cariño, ya que ese fue su destino y la vida que le tocó vivir. Por ello, da gracias a Dios por tener fe y por aceptar el destino que le fue impuesto. Quizás, no fueron los episodios de la vida que le hubiera gustado vivir, pero supo convivir con ellos y hacer frente a cualquier adversidad que se puso en su camino y que recuerda escribiéndolos en las hojas de una libreta.

En la actualidad, sus hijos, casados y con descendencia, trabajan de comerciales, mientras que Francisco y su esposa disfrutan juntos de las muchas horas libres que les permite la jubilación. El día 6 de febrero de 2009, Francisco y Carmencita cumplirán 50 años de casados. Su sueño sería poder llegar a celebrar sus bodas de oro con todos sus amigos y familiares, por lo que reza a Dios para poder gozar de un día tan especial rodeado de los suyos.